

CHONA MADERA

LAS
ESTANCIAS
VACIAS

Las Palmas de Gran Canaria

1961

OBRA PUBLICADA

- *El Volcado Silencio*

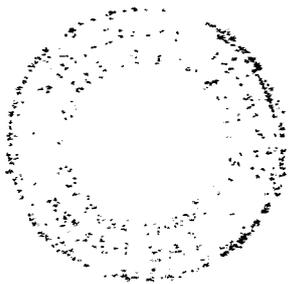
Las Palmas de Gran Canaria, 1944, y
Madrid, 1947.

- *Mi Presencia más Clara*

Madrid, 1956.

- *Las Estancias Vacías*

Las Palmas de Gran Canaria, 1961.



*Es propiedad de la autora.
Derechos reservados.*

Depósito Legal G. C. 134 - 1961.

SLG 8072^x
(2 ejemplares)

CHONA MADERA



LAS ESTANCIAS VACIAS



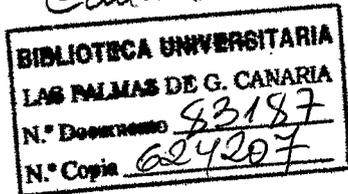
Prólogo de
LUIS BENITEZ INGLOTT



Las Palmas de Gran Canaria

1961

Comarquis P.R.



PROLOGO

NO sé, a ciencia cierta, como calificar este libro que Chona Madera lanza al aire de la publicidad. Es, por una parte, una historia fragmentaria de su corazón y, por otra, una lamentación de lo que no fué pero pudo ser. Acaso convenga mejor a estos poemas aquella simple definición que de la Poesía dió Wordsworth: «Emotion recollected in tranquility»: la emoción recogida en tranquilidad; porque en la revista de paisajes interiores a que asistimos son esas dos cosas las que distintamente se advierten: emoción y tranquilidad. No hay aquí, en efecto, nada arrebatado ni violento, ni existe disfraz ni artificio en la presentación y disposición de la idea, que se dispara del texto del poema como una flecha y va directamente a herir el ánimo del lector.

No encontraréis en este libro esos rebuscamientos literarios que, por desgracia, abundan demasiado en nuestro tiempo. La impresión de superficialidad, ahora tan frecuente, y la atropellada palabrería que intenta sustituir la emoción por la deslumbrante colección de brillantes vocablos, que no son en resúmenes sino otros tantos diamantes falsificados, no pertenecen a la «manera» ni al sentir de la autora. Hallaréis, en cambio, la «elegante simplicidad» horaciana en la que cada palabra, cada frase, alcanza su significado verdadero. Lejos de construir una preciosidad barroca, Chona Madera ha ido levantando, verso a verso, en la sucesión de los días, una edificación sobria y sólida. Y esa edificación ¿qué es, sino su propio espíritu, cuyas

«estancias vacías» va ella a recorrer de nuevo, cuando el Tiempo implacable se ha llevado a los seres que allí moraban y a las cosas que allí estaban? Ella entra ahora en la casa, va abriendo una tras otra las salas mudas; el verso abre de par en par las ventanas cerradas para que los que estamos fuera asistamos, de lejos, al drama íntimo. Contempla las «estancias vacías». Acá se refugiaba la esperanza; en la otra, el dolor; en aquella, el amor; en la siguiente, la felicidad. Detiene en cada una largamente la mirada, sintiendo el alma presa de esa angustia que sabe endulzarse con el tierno, con el melancólico recuerdo. Y, al fin, echa otra vez la llave a las puertas y vuelve, llena de visiones retrospectivas, al mundo exterior. Trae la impresión del silencio iluminado de remembranzas, y por eso puede decir cosas como éstas:

«Lo único vivo es el silencio».

O bien:

*«No todo se ha perdido, que voy contigo ahora
y oigo las mismas voces de los tiempos felices;
de las sombras se alza la casa en que he soñado,
que por ti todo vuelve —atalaya del hombre—,
todo vuelve a endulzarme las nuevas cicatrices».*

De esa visita a las escondidas regiones internas se ofrece una visión en estos versos:

*«¡Qué desolado erial lo que fué buerto
de amor y de armonía!».*

Y otra conclusión, en el trance doloroso:

*«Acaso la muerte sea eso:
la calma, fluyendo,
fluyendo, fluyendo del alma».*

De cualquier manera que quiera verse este libro se comprueba que para Chona Madera todo, absolutamente todo, hasta lo más mínimo, tiene trascendencia. Es la confirmación de lo que Blake entendía ser la misión del poeta:

*«To see a World in a grain of sand
and a Heaven in a wild flower;
bold Infinity in the palm of your hand
and Eternity in an hour».*

«Ver un Mundo en un grano de arena —y un Cielo en una flor silvestre;— albergar el Infinito en la palma de tu mano y la Eternidad en una hora».

Perderá el tiempo quien quiera hallar en los poemas de «Las estancias vacías» parecidos o parentescos. Afortunadamente para la autora, sus versos son estrictamente personales, íntimos, sin admitir semejanzas. En ellos no se vé sino un corazón que, como está tan lleno de impresiones, estalla y nos anega con su precioso contenido. En ello estriba, a mi ver, el mérito fundamental de este libro. Hay en él, simplemente, un alma al desnudo, y solamente así es como yo creo que debe presentarse el alma. Como en la belleza griega: sin velos, sin adornos. Sola y pura.

«Hago versos como quien muere», ha exclamado ese admi-

rable poeta Manuel Bandeira, uno de los «grandes» verdaderamente grandes. Y así los hace también Chona Madera. Ella misma lo dice:

«¡Ha muerto uno tantas veces!»

Como se rinde el alma en la suprema hora, así se rinde en toda hora el verso: se entrega el espíritu, entero y verdadero. De los buenos poetas se puede decir que mueren al acabar de escribir cada poema, para renacer en el siguiente, volver a morir y volver a renacer en una prodigiosa serie de muertes y renacimientos. Pero ya sabemos que el alma es inmortal.

No. No están vacías las estancias en que vamos a entrar. Albergan todo un mundo que no vemos, pero que sentimos palpitante briosamente, animado de una conmovedora vida.

Dejáos conducir. Estáis en el umbral. La autora abre la puerta...

LUIS BENITEZ INGLOTT

*A la memoria de mi madre y a la de mis
hermanas María Fernanda y María Do-
lores, que en mi corazón viven mientras yo
vaya por estos caminos.*

*El fondo poético
es el fondo de la propia vida.*

GOETHE.

*Que el verso sea como una llave
que abre mil puertas.*

V. HUIDOBRO.

He vuelto...

*Las estancias vacías he visitado:
¡Qué profundo silencio se ha cernido!
(Igual al de la muerte es de callado).*

Yerra el dolor

y soy yo su sembrado.

*Donde quiera que vaya irá enlutado
mi corazón.*

Ya

sólo tuyo, silencio, sólo tuyo.

(¡Qué bien lo sé con ellos enterrado!).

R E S C A T A D O S I N S T A N T E S

MIENTRAS ELLA DURA

*A Esperanza Vernetta de Quevedo,
entrañablemente.*

Cuántas calles andadas. Cuántos caminos.
Techos, paredes cobijándonos.
Y como sutil viento,
circunstancias
que por imprevistas
nos sorprenden.
¡Siempre algo ciego que a su antojo
nos forja cien posturas,
en otras cien negando cuanto somos!
Qué soledad tremenda
sentirnos golpeados
por esa otra verdad que no es la nuestra.
Por esa otra luz
creciendo en descontento
en el lento cansancio de las horas.
Triste y lejos (apenas si el pañuelo

en una despedida inacabable)
el defraudado...
Y por él,
mientras la vida dura ¡cuánto llanto!

MAS SI UNA BRISA DE ESPERANZA CORRE

Al Dr. Don Carlos de la Peña Díaz

Bajo a mis pozos de dolor y escucho:
lo único vivo es el silencio.
Apenas si de tanta dicha
columnas yacen, y el recuerdo.

No es uno el mismo entre los suyos
que cuando solo flota inmerso
en densa sombra, e inexistentes seres
demasiado vacío acusan dentro.

Porque hay que vivir vuelvo con pena
hacia la superficie y hacia el tiempo.
Del seno de mi madre —tan amada—
acaso sea yo el último entierro...

No es la luz nuestro signo,
aunque a ella tendemos sin remedio.
Mas si una brisa de esperanza corre,
algo distrae el corazón de nuevo.

(Bendita de este mundo, que aún te sobra
piedad bastante para darnos sueños).

SOLO TU LUZ EN LA NOCHE ARDIA

(A Séneca)

*Es tierna cualquier memoria, cualquier
presencia, cualquier forma de compañía.*

JOSE GARCIA NIETO

Séneca, buen amigo, ¿pensaste en los días
en que habrías de ser sabia lección de fortaleza?
Como sucede a muchos, de un hondo mal moría;
de esa cosa sin nombre que le llaman Tristeza.
¿Cómo?, ni siquiera soñar, que sólo tú serías
—después de tantos siglos— quien nos diera tal fuerza.

Oh sabio cordobés, amigo más que muchos,
capaz de levantarnos sacudiendo la pena
cuando yace en nosotros como punto final,
cuando hundidos, sin gestos, ya no cabe vencerla.

Oh sabio cordobés más que muchos amigo.
Así, bajo este prisma, cómo fluye el recuerdo;
cómo roe, crece dentro sin querer, honda queja.
Más que algunos que trato. Más que algunos... tan cerca.

COTIDIANAMENTE

A Manuel Padrón Quevedo

Venimos de la noche; diariamente venimos.
—Buenos días— saludos al pasar
contestamos
Nos avisan esquelas, si el periódico abrimos.
(Lo estupendo del caso es que no tropezamos
con la que, a los amigos
sorprendiendo,
¡no será ya posible con uno...
el comentario!)

Mientras tanto la vida —granjera extraordinaria—
a todos, bueno o malo,
va entregando su grano.
¿Ligero de moneda?
No es tanto lo que importa.
(En las grandes fortunas de algo se carece...).
Buscando el equilibrio nada es malo del todo.



Busquemos y busquemos
yendo un poco más alto...
Fabriquemos la miel a los grandes reveses.
Los santos son ejemplo:
en el martirio crecen.

Nada es negro del todo una vez adaptados.
Siquiera una hora al día
sintamos la belleza.
El amor bendigamos por sernos conocido.
(Aunque ya no recuerde ¡cuánto lo hemos querido!).
Nada es negro del todo sabiéndonos hermanos.
Habrá nuevas estrellas si todos nos amamos.
Cada pecho en la noche,
un brillo de centella,
Cada uno una luz de resplandor extraño.
Cada uno el origen:
Lo que fué santo y seña.

EN MEDIO DEL CAMINO

A Anita y Tomás

Por más que ande, el mundo es una poca gente;
aquella que ya cuenta entre los años idos.
Aunque deambulamos con la inmensa corriente
ellas son: constituyen los eternos amigos.

Sí que los días nos traen diversas cosas, ecos
que al principio nos ganan, pero es sólo apariencia.
¡Ay, juventud que en todo creías plenamente,
y el sueño más remoto cabía en tí, conciencia!

¿De dónde harás ahora brotar el manantío,
el que fluía siempre junto con la mañana,
y en cada amanecer crecía como un río
en la alegría aquella que todo lo inundaba?

Arbol exhausto, hoy sin ramas y sin luna,
signadas ves tus horas de un prolongado duelo.
Hermosos años jóvenes de fantasía infinita,
¿por qué no serán todos como vosotros: ciegos?

Años que son un étaxis que a la memoria cabe.
Cual un niño perdido, memoria, a ti me entrego.
Como brazos de madre, ¡cuántos seres cobijas!
No todo se ha perdido, prodigable sosiego.

No todo se ha perdido, que voy contigo ahora
y oigo las mismas voces de los tiempos felices;
de las sombras se alza la casa en que he soñado,
que por ti todo vuelve —atalaya del hombre—,
todo vuelve a endulzarme las nuevas cicatrices.

CLARIDAD IMPOSIBLE

A Fernando González

¡Isla de gracia, de frescura y de dicha,
edad de oro de los niños; siempre te
halle yo en mi vida, mar de duelo!

JUAN RAMON JIMENEZ

¿Dónde, dónde encontrarte, carnación de mi infancia?
Claridad imposible, que por tí voy sombría.
Claridad de otro tiempo. Luz de brillo joyante.
En ti todo era gracia. Todo me sonreía.

Bella, dulce inocencia, cada vez más distante.
Toda la dicha eras, sin saberlo crecía.
Está todo lo hermoso de la vida en la infancia.
Nada hay comparable a su clara alegría.

Hasta la adolescencia navegó su constancia.
Sus blancos calcetines. La gracia de sus lazos.
Sus pequeños zapatos a mis pies se ceñían.
Sin que cuenta me diera aceleraba el paso.

¿Dónde, dónde estarás, extraña y silenciosa?
Extraña cual si nunca jamás me conocieras.
Hundida por los años, muda como una estatua.
¿En qué fondo tú yaces, germen de primavera?

Te escucho. No, no sueñas en esta voz de ahora.
La tuya, cantarina, fue tornándose grave.
No es posible, no vuelves ni aún llamándote a gritos.
El tiempo es férrea puerta sin resquicios ni llave.

¿Dónde, dónde encontrarte, si hasta el recuerdo huye?
Hay un duro oleaje para lo delicado.
Hoy acaso te he visto: fue en una alegre niña...
En una niña alegre tú pasaste a mi lado.

EL POBRE DE LA PLAZUELA

A Carlos Ramírez Suárez

Para calar naciste la más negra miseria.
De las renunciaciones quizá sabio en el fondo.
Atenazada vida —piel y huesos y hambre—,
que hasta en la sombra palpas harapos para el sueño.

Para ti todo traje sabe ya de otro cuerpo:
nada es expresamente medido para el tuyo.
¡Oh pobre cuerpo-andamio en que se depositan
los desechos de aquellos a los cuales sonríes!

Pobre, pobre del todo que a mi paso tropiezo.
Siempre que en ella estás más clara es la plazuela.
Acaso de este andar traspuestos ya los límites,
tengas esa sonrisa que aquí pocos disfrutan.

Pobre, pobre del todo, como un áura te luce,
la miseria te envuelve y extraño te destaca.
¿Qué bosque de ternuras te brinda sus panales?

Qué apacible mirada y de mieles la tuya.
Ay, cómo me sugieres del Maestro la huella.
No, no es preciso que digas la lección: de aprendida
no precisa palabras; de los ojos te mana.

Oh cuán dulces, cuán dulces. Ni siquiera curiosos.
Por mirar lo que llevo ni siquiera resbalan...

UNIFORMADA SERIEDAD

*Al Dr. D. Francisco
González Medina.*

Como el árbol; igual que el árbol
el tiempo lo madura (Ley de imposible tregua).
Mas la virtud de renovarse es suya.
No así el hombre nació
para tal prueba.
Por él —¡si será penal—
perdida para siempre,
aún sin moverse de donde fué nacido,
ve
su figura pequeña.
Y sus juguetes —aquel mundo de múltiples
colores alegres— a sus manos
nada dirán, crecidas ya
y para el trabajo serias.
(Por más que los recuerde la memoria
de la infantil pasión,
nada le queda).

Día tras día e inconscientemente,

—hay sabias inconsciencias—
madurándolo va.
¡Qué dolor, qué enorme dolor no sería
si de pronto, crecido,
desnudo de inocencia se viera
y con la cara hecha a una costumbre
y cada vez más quieta!

De mayores —penosa actitud esta—,
sin más que ese silencio con que transita,
del que se siente envuelto,
juzgado es de personas seria.
(Administrada seriedad, tal un impuesto,
sin más pensar, si alguien,
por otra seriedad,
es su contento y más luz en sus pupilas lleva).

A veces, una sonrisa al paso una palabra amiga
le recuerda
que un corazón tiene
capaz de dialogar con la menuda hierba
y que, como todos, tuvo
esa graciosa cara de los niños.
Ya tan lejos, tanto...
Allá, donde todo era azul
como la infancia era.

¡Aridos caminos los de los años!
¡Qué uniforme seriedad guardan!
Por creer estoy que de un modo vago
y por ella,
todos un poco a disgusto vamos.

¡Oh aquella libertad pequeña!

OTRA POSIBLE EN TÍ

(Carta que quizás no leas...)

Sé que pudiste ser otra. Tu espíritu
desencantado, silencioso ya,
nada espera, nada desea.
(¡Tanto fué el rigor dispuesto para tí,
contrario a tu enorme ternura!)

¿Qué podría hacerse?
(¡A mucha pena te tocó vivir!)

Sé que hubieses sido otra sin
esa carga.
Otra posible en tí hubiesen conocido
los tuyos, los demás.
Sé que a veces hablas a solas y protestas
y gimes
por verte inútil a tí misma,
doliéndote de tu auténtico ser,
exiliado del tiempo,
hundido en ese mar terrible del que
no se vuelve, del que nadie regresa...

Sí,
fantasma de él has sido,
de la tú imposible.

Sé que por eso mismo
la arropaste en lo más íntimo tuyo,
en tu yo infranqueable,
y por tan oculta en tí
crees que nadie sospecha su existencia.

Aun con todo la aman,
porque sin darte cuenta transparentas
la otra,
la que nadie ha visto y sin embargo
por esa intuición que descubre
el trasfondo de tanta y tanta apariencia,
la piensan,
ven tras de tí,
conocen.

Incontables veces he pensado en tu yo,
sin tiempo;
en los que, como tú, sin el suyo pasaron.

Consuélate.

Apenas hay quien diga: «yo vivo
plenamente». Sí, apenas quien
pueda decirlo. Quien lo diga...

A LOS PIES, ETERNOS SERVIDORES

A Juanito Vernetta Sarmiento

Con qué solicitud, qué voluntad
siempre a toda dirección y a todo paso.

Oh, pies, cuánto siento
no haber dedicado mi atención
a vuestra eterna condición humilde.

Quizá no sabréis tanto
de otra cosa como de este involuntario
olvido.

Oh vuestros pasos primeros,
tambaleantes, delicados y mínimos,
de los padres alegría;
en cuánta circunstancia
la generosa ayuda,
hasta llegar a los exhaustivos, tardos,
últimos,
en que acaso nadie nos espere...

Oh alegría de incontables veces que un día
dejarás de ser alegría mía
porque ya, quietos,
prohibido me será todo camino: límite

infranqueable, triste límite,
para quien ambicionó andar, andar
tanta tierra
como capaz es de poseer el mundo.
Oh, pies,
con apenas prestaros atención
¡qué cálido homenaje merecéis!
¡qué forma vuestra en gigantesca
talla! (Imponderables trazadores
de Senderos.
Descubridores de Islas, Continentes
y Razas).
En cualquier piedra, seguro os daría
lo mismo,
por seros todas ellas conocidas,
y ser todo contacto entre vosotros
humilde,
a fuerza de saberos barro.
Acaso aún es tiempo: esperad,
—ya que de paciencia sabéis tanto—
que quizá no esté lejos
el día que un soñador justicia
os haga,
levantándoos monumento altísimo.
Acaso aún es tiempo y han de veros

dándoos el sol de cualquier clima,
pulidos,
de tantos siglos de olvido, limpio
el polvo, ya
entre la fila de los erigidos.
Porque todo es posible en la Esperanza,
acaso aún sea tiempo. Sí:
alguien vendrá que vea vuestra importancia.

Y SIEMPRE SERA ASI

A Blanca y Domingo

Cuanto llevo vivido creció en mí la tristeza
—acaso no es más que eso para todos la vida—.
Un Mayor y un Diario más o menos penoso,
anhelar imposibles y restañarse heridas.

El hombre como el año tiene su primavera
y un verano de frutos frescos y sazonados,
ligereza en el pie por trasponer fronteras,
y en la frente un palacio de sueños intocados.

Mas es un privilegio que de seguro acaba
y no es posible entonces ver con igual medida.
Si a escalar se decide no es la cota marcada,
y todo se le hace un poco cuesta arriba.

Y será siempre así tras esas estaciones.
Otoño e invierno bajan sus nieblas hasta el alma.
Imposible el impulso, las mismas ilusiones,
ni el ánimo ni el fuego de la pasión que abrasa.

Con el ímpetu fueron quemándose los oros
—lo mismo le sucede al sol en el ocaso—.
No volverá a sentirse aquel canto sonoro.
Y se cumple la ley que nos da igual abrazo.

El pájaro es posible que vuelva en una rosa.
El gusano con alas transita en el verano,
Mas tenemos a Dios. Su presencia gloriosa,
siempre que hayamos sido buenos con nuestro hermano.

La esperanza es sin duda nuestro mayor tesoro.
No lo olvidéis, hermanos, a través de la vida.
En las noches oscuras, tristes o abandonados,
como un gigante faro, hasta la muerte, gira.

A UN BOLSO DE PIEL

Todas mis galas, todos mis objetos
quedarán un día fatalmente abandonados;
y teniendo que amoldarse
a distinto trato, a aquellos que han de
darle un nuevo orden,
o acaso distribuidos entre nuevos dueños,
ajenos a mis cuidados,
no podrán por menos de sentirse
extraños.
(¡Cómo crece el tierno, amable afecto
que ha ido creando el uso
bajo este ánimo vistos!).
Seguro tampoco oirán las palabras
que ellos me inspiran
ya al cogerlos, ya al guardarlos de nuevo.
Ahora mismo, mi enorme
bolso de piel blanca, sobre el tocador,
me ha parecido
como si sintiera, como si le doliera
mi ausencia en una tarde última
en la que ya a mis manos
les fuera imposible asirlo,



y más blanca que nunca
me ha parecido su piel; como si hubiera
muerto en él
la vida que le he dado en este ir y venir
en el que a veces
ha sido mi única compañía.

Sí, por parecerme más blanca
que nunca su blancura
un vago y extraño temor me ha incitado
a acariciarlo:

No parece sino que supiera la dulce
embriaguez de la costumbre...
¡Y quién sabe, quién sabe que vida resta
a lo que un día

llevó dentro el latir de un corazón;
de irracional criatura

sí, pero al fin soplo de Dios,
a la que un día cualquiera privan
de su gran derecho; arrebatan
el incomparable gozo de vivir!

CAMBIARTE ESE VIVIR SIN ALEGRÍA

*Romper la oscuridad, porque
la noche rodea y ciega siempre
al hombre solo.*

LEOPOLDO DE LUIS

Me duele verte indiferente y fría
y sin que te hable el alma de las cosas,
porque sé lo que es eso, amiga mía.

Y lo que más me duele y acongoja
es no tener argumento, aunque me empeño
y hacerte voluntad para que escojas.

¡Cómo quisiera ver que respondías
a cualquier llamamiento presurosa;
cambiar te ese vivir sin alegría!

Rescatarte; sacarte de ese duelo
que no trajo el amor ni nadie trajo
y te anubla y me tiene en desconsuelo.

Mira, atiende a esa fiesta de rosales
que en tu jardín cultiva el jardinero,
por si sus rosas animarte saben.

Algo busca que te atraiga y centre:
aquella llama que a veces te encendía
y hoy parece desligada, ausente.

¿Dónde aquella tu gracia y alegría
comunicando contagioso encanto?
¿Dónde aquél entusiasmo que solías?

La vida aún es en ti joven y bella;
de frente has de mirarla todavía;
no tienes que hacer más que ir con ella.

Rompe esa oscuridad, por demás fría;
esa invisible sombra, ese cerrojo,
y vuelve, regresa, amiga mía.

(Cuanto hago me parece vano).
Libérate. Entre las dos había
la confraternidad de los hermanos.

Memoria haz de aquellos claros días;
acuérdate, regresa, amiga mía.
(¡Ay!, cuánto duele el corazón, sí humano).

SOLO ASI DESDE SIEMPRE...

A Luis Benítez Inglott

I

Tu esencial alimento soñado es, Amor.
Tu comunicación siempre es intento,
e inalcanzable tu ambición,
tu diálogo.
No obstante, cuánta felicidad brota de ti.
(También la angustia del imposible
de ti surge, potente).
Común a todos los climas de la tierra,
tu llama, tu calor.
Tú, la gran fuente de la dicha.
(También en ti los oscuros pozos del dolor).
Tú, el árbol sombroso e inmarchitable
a través de todos los tiempos.
A veces,
defectuoso manantial,
raquítica planta sin arraigo ni flor...
Tú, la inescrutable selva de cada ser,
de cada alma

el abismo insondable...
Elegir es tu necesidad;
siendo en parte el elegido
un nuevo ser por ti creado.
Y aunque sales afuera,
buscas tu imagen,
sólo vas en quien te siente
y como un dios,
aún en el fracaso centelleas
y en nada pierde tu virtud.

II

Aún ignoro tu urdimbre,
tu combustión;
el por qué te produces
y tu aparente muerte:
ya que sólo es lapso o transmutación.

III

Sólo así te veo, Amor.
Así tu signo personal;
tu capacidad de dios, manifestándose;
tu presencia tangible y tu victoria.
Sólo así.
Sólo así desde siempre, Amor.

COMO MUÑECOS...

A Luis Doreste Silva

Como muñecos, en sus cajas de cartón
a la ajena contemplación expuestos,
se es la opinión que quiera emitir
quien sea.

A veces, el corazón exprimió el jugo
de su palabra porque lo consolaran.
Nadie lo oyó. Nadie fué capaz.

Ya solo —inescapablemente solo—
se da cuenta, al volver,
que sigue en pie la ingente muralla de su soledad...

Así como permanece soterrada la raíz
del árbol, sin que le sea posible ver el fruto
del que es origen y causa, así la verdad de cada uno,
ya que nadie quiere saber de nadie.

Ver transcurrir los días y en uno cualquiera
marcharse como lo habían hecho vivir,
acaso sea la más tremenda de las amarguras.

¡Cuántas conquistas por los caminos del mal!
Uno piensa si habrá que suplir con otro vocablo
el dulce y entrañable de hermano.

Por el constante suceder, desde todos
los tiempos, no parece sino que el más estrecho
y cumplido pacto entre los hombres
sea el de no amarse.

La mayor de las cegueras. las más grandes
catástrofes son hijas del desamor.

Toda la angustia, todo el dolorido clamor
actual a la falta de amor es debido.

Mas de un alba nueva hablan
los incontaminados, los humildes de corazón.

CUANTA NOCHE

A Ignacio Quintana Marrero

¡Cuánta noche, mi Dios, ay, cuánta noche
sepultamos con sueño en la almohada!
Cuánta vida se queda sepultada
sin memoria, sin tiempo: negro velo.

Cuánta vigilia también, cuánta vigilia
tan sin notarse, gris, amontonada,
sin un hito, un perfil que las destaque:
de una en otra igual, cuánta jornada.

Casi dormido el gozo. Viva pena
por todas las desgracias que nos caben.
Nada nos pertenece. El tiempo vuela,
oscuro y transitorio, como un ave.

En sombras alumbrados. Acabados.
Indiferentes días cierran sumas...
¡Por cuánta bruma andando, cuánta bruma!
No me olvides, mi Dios, en esta nada.



Mota de polvo, leve criatura
que hasta Ti pretende ser alzada.
¡Hasta Ti, mi Señor, y por sí sola
no puede, no, llegar a tanta altura!

TRASFONDO

A Gala de Rescobó de Gómez

Llama de eternidad quisiera para ti,
verso mío. La rama de la carne es quebradiza
y al menor soplo la nada está esperando
algo que sabe bien le pertenece.

Ambición de permanencia,
¿por qué tan en mi raíz y más allá,
profunda?

Acaso antes que naciera...
(Tal es el tiempo en que me pierdo
si he de ahondar en su latido).

¿Por qué esta sed?...

¡Qué acuciante dolor de transitoriedad
en todo cuanto siento y miro, poseo y toco!

DESDE LAS MISMAS COSAS

A Mercedes G de Linares

Por la amistad del que la suya
con mi amistad ha compartido.

Por el calor que me prodigan
de corazón los encendidos.

Porque no vino la miseria
a hacerme el cuerpo desvalido.

Porque no sé de la tristeza
del que llamando no fué oído.

Porque la tierra aún me espera
—ella me sabe barro erguido—.

(¡Oh la alfarera, la incansable,
la de las rosas y los nidos!).

Por todas esas turbias cosas
que no rozaron mis vestidos.

Porque no fué porción amarga
la destinada a ser mi espíritu.

Por esa luz —mi guiadora—.
Por este sano cuerpo mío.

Porque no sé lo que se esconde
tras la muralla del olvido.

Desde ellas mismas, ¡cuántas gracias!
¡Y ahora, Señor, que las escribo!

LA CARTA SEMANAL

A mis hermanos Quela y Gregorio

I

Justamente es el día,
pero bien sé que el cartero
no hará sonar el timbre tres veces
—la consigna—,
para volar más que correr
la enorme galería.

(¡Oh carta en tantos años
por la que Madrid
parecíame, tras cada esquina, al paso a cualquier hora).

II

Qué prisa porque acaben vuestros pasos
franceses e italianos,
de ruinas, museos y catedrales.
Qué lejos, qué lejos vuestros pasos
de hoteles de turismo y de fronteras.
Vuestro andar

viniendo en telegramas:
Noticias en cobre,
sugeridas preguntas
en espera.

Sin ti, carta,
qué sombra sin estadios de luz
y sin perfiles;
sólo sombra;
en tantos días niebla.

Tal si de un clavo
pesadamente suspendida,
cada momento sueño erguirme
al toque del cartero.

¡Oh la primera carta tras el viaje!
Reestrenaré algo mío que naufraga,
sacado a flote por ese sobre blanco.
Oh letra amada,
¡letra entrañable!
Volveré a ser la que era
y esperando va por mis rincones.
¡Oh la carta primera tras el viaje!

(¡Valdrá toda esta angustia esa alegría!).

DESPUES DE TODO EN TU VIVIR
PENSANDO...

*Al Dr. Don Rafael O'Shanaban,
por su caridad hacia las clases humildes*

Por esa común razón de haber nacido,
de todos la razón más verdadera,
bien pudo ser para ti un palacio,
un palacio cualquiera,
que a tu espíritu,
nobleza sobra para honrar blasones:
los que fueran.

Pero había de ser tu casa choza humilde
de barro y tosca piedra,
y el remiendo y el pan,
duramente ganados a la tierra.
Después de todo, en tu vivir pensando,
¡quién sabe dónde la paz
más duradera!...

No, tú no puedes saberlo: con el mucho dinero
las cabezas se enervan.
Y tremenda es la inquietud del rico:

la que le trae su hacienda.

Mientras que tú, Juan,
con tu choza,
tus remiendos —que es una libertad
como otra cualquiera—, tienes esa sonrisa
que apenas si se nubla a la escases del agua
o la cosecha de «otro», que de «otro» es,
laboras esa tierra.

Aun con todo de solaz disfrutas.
De tiempo (que para ellos quisieran).
Tú al menos sabes
qué noche hay más estrellas,
que, a las nubes mirando, comprendes
y predices sus vueltas.
Y tranquilo te tiendes a una sombra cualquiera,
y allí
tus pocas cábalas
dejan que en paz te duermas.
Al menos tú te enteras del pulso de la tierra,
—de asfaltos y cementos libre,
de multitudinarias urbes,
de edificios-colmenas—,
y, amigo de los pájaros,
de tus hombros se adueñan cual si de un nuevo
«mínimo Francisco» se tratara
de esa escondida aldea.

Valorar tú no puedes todo esto
de sentirlo tan cerca.
De llevarlo tan dentro.
De ser tu propia entraña candorosa
naturalmente buena.

Tú no te lo imaginas y no puedes saberlo:
ricos hay, afanosos
de más y más riqueza,
para quizás un día morir
de tristeza, sin saber, sin haberse enterado
de tu ciencia: tan sencilla y tan honda,
tan alta y verdadera,
que iban a aprender mucho
de oírte
con que sólo se allegasen
a tu aldea.

Qué sosiego en tu vida. Qué parsimonia
en todas tus maneras.
Qué extensos horizontes te circundan. Qué alegres
tus veredas.
Y cómo es de directa para ti la vida
en su fuente más fresca.

¡Cómo está Dios contigo y en tu choza y en cuanto
te rodea!
No, tú no lo sabes, Juan, ni sabrás nunca
lo inmensa que es tu hacienda.

¿QUE TIENE AMERICA?...

A Luis Jorge Ramírez

Quedaste en escribirme.
¡Cuánto decir, cuánto influir, cuánto
con los tuyos
porque tus sueños realizables fueran!
No quiero creer que lo olvidaste todo
como tantos y tantos... (¿Qué tiene América?...)
Al menos dime si he contribuído
a desplegar tus alas, y esa tierra
brillante, fabulosa, de holgado espacio,
al contacto real no ha deshecho la sutil trama
que los sueños crean.
Al menos que yo sepa de tu asombro
ante esos caminos broncos de ingente
cordillera.
Paréceme verte los atónitos ojos contemplando
vastedad tan enorme. (¡Aquí todo es tan cerca!...).
(¡Oh prometedora tierra que haces fácil
el oro,
y acaso ha hecho fácil tu quimera!).

¡Cuánta española huella habrás notado!...

En cada rincón suyo, el rostro de ella.
(La que acogió del visionario un día
la genial, la portentosa idea y no dudó
en trocar joyas reales por esas otras
de fulgor de estrellas).

¡Si habrás colmado tus deseos, muchacho
de saber escaso e ilusión tremenda!

Hijo de poca tierra y mucho mar —tanto,
que casi sólo de mar tienes idea—, bello debe
parecerte donde hay ríos, y de ellos uso poder
hacer un día cualquiera.

Seguro que a sus distintas márgenes saltando
por fáciles, cercanas sus riberas,
sus aguas te habrán parecido puentes sólidos,
duros puentes de piedra.

(El que casi sólo es hijo del mar —como
nosotros—; de una isla pequeña,
por una vecina tierra es su nostalgia: esa
menuda lluvia de tristeza
que un día y otro va calando el alma
y por fin la hace parecer eterna).

Acaso ya de tí no sabré nunca, muchacho
de ilusión tremenda...

Mas acompáñete Dios. Si bien te hicie, es la carta mejor
—aunque sin letras—.

Como a nuestro mar, a tu ancho olvido nada cabe oponerle,
¡y bien quisiera!
Duele pensarlo. Qué remedio. A veces,
aunque duela pensarlo,
así es América.

¿QUIEN RECONOCER PUEDE?...

En esta que ahora eres desde tus noventa años, desde tu prolongado sueño del que a veces despiertas y nos hablas; inexpresivo, ya quieto el dulce rostro, ¿quién de reconocer capaz es, la que conocí yo en ti y aún brillaba?

En tantas noches de teatro y salones en fiesta, qué esbelta tu figura destacaba. Gracia e ingenio eras, ¿dónde ahora? ¿Adónde van, oh Dios, el alto pensamiento, el vigor de los cuerpos y la gracia? ¿Hacia dónde para siempre huyen?...

De cuántas bellas cosas tú el motivo.
De mis adolescentes años tú el recuerdo.
Cuánta juventud compartí contigo.

Sólo unas tardes hace, acariciando tu fina mano ya seca, todo un pasado se agolpó en mi frente; un pasado largo, en el que apenas un débil asidero —tu mano— le bastaba.



Cuánto no haría por así conservarte
de delicada, así de tibia, así de frágil,
casi sólo respiro, punto de luz, casi sombra ya...

De nuestra sangre —la tuya de la mía
no demasiado lejos— ya que sólo tú, dulce
Virginia, quedas, una generación desaparece...

Quiera Dios por aquí tenerte, y en otras
muchas tardes más y otras aún lejanas,
de nuevo pueda recibir de ti tanto recuerdo,
tanta vida; la que sólo tú, así de delicada,
así de tibia, así de frágil, casi sólo respiro,
punto de luz, casi sombra ya..., darme puedes.

ALMAS EN PENA DE LA LUZ DEL DÍA

*A Amparo Teresa y
Juan Armando.*

Pobres hermanos, que hacia fuera
privados os véis de proyectar el alma.
Sin esa claridad de las pupilas,
cuánto os costarán a veces las palabras.
Ciegas pupilas para siempre en sombras.
Cárcel sin posibles ventanas...
Almas en pena de la luz del día;
en la tarde deslumbrante llama,
liberándonos de esa pesadumbre
que en vosotros no acaba...

Oh comunicación por excelencia.
—Cuánto en nosotros es la mirada—.
Vemos el alma en ella: Ni la estatura
ni el color, ni nada.
Sólo los ojos revelan lo que somos.
Por ellos cruza nuestro hontanar, sus aguas.

(Oh si de ellas, de las pupilas muertas,
compasiva la luz un día irradiara).

A JESUS ARENCIBIA

¿De qué atormentada fuente tus santos y penitentes?
¿De qué atmósferas celestiales, de qué éxtasis divinos
tus ángeles imperiales?

¡Oh qué enormes Nazarenos los tuyos,
por todos, por ti y por mí su sangre trocando en miel,
esta hiell

¿De dónde esa tu visión de espíritus exaltados,
transfigurados, de carnales tentaciones huídos?

¡Oh tu hierático San Bruno a través del simbólico
marfil a Dios viendo!

Por el silencio creciendo, trascendido de vida pere-
[cedera,
para sus tan altos fines ya diluída, sin palabras:
apenas las del ritual... y de todos, de todos: «Ya lo sa-
[bemos».

¡Qué intenso y trágico aliento el tuyo, Jesús,
tú, el predestinado apenas mirado,
de tan responsable nombre bautizado!

No hay figura del bien o el mal, creada por ti, Jesús,
que el corazón no taladre...

(Fantasmal tranquilidad, acaso, esta que sentimos.
¡Ay, pecado original: lamentación, penitencia!).

Exposición de enorme meditación...

Capítulo trascendente para el que quiera pensar.
Y pesar de no saber si el bien o el mal hicimos
eternamente agobiando el corazón mientras vivimos.

A JANE MILLARES

¿Por ensalmo te fueron otorgadas
las misteriosas fuerzas que han obrado.
la dulce técnica sólo por ti lograda?

A tus lienzos, ¿cómo tus pinceladas
llevar pudieron tan tierna la ternura?
Ante tus cuadros la emoción perdura
palpitante, aguda y renovada.

¿Quién puede explicarse, sí, quién puede
mensaje tan perfecto y tan humano
surgiendo del trabajo cotidiano,
tan ahondando en el alma, sí, quién puede?

Jane, como quien dice has empezado
y ya un carácter pesa, una manera
de pintar que es, y será mañana:
Que así es el Arte, si su gracia agrega
a quien da en elegir y el designado
pone su voluntad y bien se entrega.

Feliz la Isla, que le cupo en suerte
de ti se enamorara el más alto señor

de la belleza; el gran descubridor
de los caminos que jamás se agotan;
el Peregrino mientras el mundo sea,
y tal beso te dió ya para siempre.
(¡Que para siglos es, cuando así besa!).

A MIS GRANDES AMIGOS LOS POETAS

A Pedro Lezcano

Vivís de sueños. Enormes ríos
de belleza a los demás lleváis devueltos.
Vivís de un mundo escamoteado:
Del que en verdad nos dieron,
y no de este otro, en que el hombre se ha empeñado:
Duro mundo de acero.

Sólo vosotros de él daréis noticia
—siempre os cabe componerlo—.
A vosotros, que dais cauce a tanta cosa
hermosa —que sólo en el espíritu tendremos—
y testimonio sois ya para siempre
de aquel otro... ¡tan bueno!

Oh amigos, entrañables amigos
que hablando vais en vuestros libros
de un mundo que no vemos,
y nos acompañáis cuando nadie...
y por solos que estemos.

Acaso sois los que en verdad vivís
y de vosotros aprender debemos. Porque
vivir ¡quién sabe! Acaso no es más que eso...
Imágenes, imágenes; soñar mucho
y tal si fuera la verdad, creérselo.

CANCIONES BREVES Y OTRAS CANCIONES

*Una canción es una herida de amor
que nos abrieron las cosas.*

GABRIELA MISTRAL.

CANCIONES BREVES

*A María Victoria de Lara, en
su Universidad de Liverpool.*

I

Alma: expandida claridad;
cuánto imantando va tu luz;
qué numerosa en tu unidad.
¡Oh claridad blanca y azul,
signo de Dios, tu claridad!

II

Aunque gravita sin cesar
poco advertimos de su acción:
El tiempo fluye al esperar.
(Tazón inmenso el corazón
donde he sentido su manar).
El tiempo es «algo» a interpretar.

III

¡Cuánta belleza sí ilusión!

Ella nos hace cada vez.
Ella es el único timón.

IV

Es toda vida (¡ay cuánto albur!)
hilo invisible a devanar,
Por él se fué mi juventud
como ha de irse este ensoñar.
(Todo se vá..., llega y se vá).

V

Por dulce y bello recordado
el primer brote del Amor.
Qué bello y dulce recordarlo:
dejó un regusto de candor.

VI

Qué difícil traducir
en palabras un gran dolor;
como un perfume de sutil
escapa al tacto de la voz.

VII

Surgió el puerto donde anclar,

reinaba calma y suave luz,
reparé el agua y era azul.
(Aun sin querer hemos de andar.
Nada es estable en la quietud.
Ella nos mueve a caminar).

VIII

Aun quedándonos aquí y allí,
tiene su encanto este cambiar.
(¡Aún miro al tiempo en que te ví!
¡En el eterno deambular
aún miro al tiempo, y era abril...!)

IX

Ya llegará el de descansar.
Y será poca la salud.
Como un dolor será el cantar.
Quizá no acierte a sonreír.
(Aún es tiempo de soñar).

X

Y vendrá el de descansar,

en que sólo cuenta la virtud.
Donde no cuenta este contar.
Donde ya nada es la salud.
(Todo está antes de llegar).

CANCION DE LO NO DICHO

A *Juan Rodríguez Doreste*.

Algo que jamás he dicho.
Siempre queriendo decir
algo que jamás he dicho.

A veces, balbuceando,
me creo tenerlo ya;
y ya se me está escapando.

Me duele como una pena
de la que quiero librarme.
Pesa como una cadena.

Por eso acaso este andar
emborronando cuartillas
que empiezo por no acabar.

Por eso acaso también
cuando no escribo ninguna
este no sentirme bien.

Algo que jamás he dicho.

Siempre queriendo decir
algo que jamás he dicho.

Por más vueltas que le dé,
ninguna tiene su forma.
Quizá nunca lo diré.

Y quizá siga callada
hasta ese punto final
en que no decimos nada...

CANCIÓNCILLAS A DOS MIRADAS

*A María Rosa Alonso, en su
Universidad de Mérida (Venezuela).*

I

Con bien poco le dijo
que la quería.
Tan sólo con mirarla:
cómo sería.

En sus columpios
todas holgaban
—falta no hacían—
soñando las palabras
que se aburrían.

El poder de sus ojos
él lo sabía:
tan sólo con mirarla
la turbaría.

Toda encarnada.

Un rojo de amapola
la arrebolaba.

II

Ay ojos de ella.
Quién lo diría.
Cuando Amor la miraba
se entristecían.

Como llorosos
—¿por qué sería?—.
Nadie se enteró nunca
qué le ocurría.

Lo que pensaba.
Qué tormento tenía.
Por qué lloraba.

(En lo profundo
—hincada lanza—
acaso le dolía
honda añoranza).

Casi no hablaba.
Nada decía.

Cuando Amor la miraba
se entristecía.
(Siempre que se encontraban
oscurecía).

CANCIONCILLA DE SOLEDAD

A Sebastián de la Nuez Caballero.

Soledad:

Aun a aquel que te temió
acompañándole vas.

Sol-edad:

(El único a cierta edad).

Sentido de una verdad
descubierto en un guión;
por un guión nada más.

Qué brevedad,
qué simple así,
y qué verdad.

Y todo por un guión.
Todo y nada: soledad.

CANCION DE VIGILIA Y SUEÑO

*A Lolita Sall de Millares
y Juan Millares Carló.*

Me voy a dormir.
¿Cómo no me asusta?
Dormir es morir...

Al quedar dormida,
cuando ya despierto,
sólo sé que he vuelto
de nuevo a la vida.

Y qué ágil el cuerpo.
Y qué paz el alma.

Acaso la muerte sea eso:
la calma, fluyendo,
fluyendo, fluyendo del alma...

CANCIONCILLA A UN POETA

*Un verso es la sorpresa,
lo más inesperado.*

ANGEL CRESPO

A Antonia Brito Pérez.

Fruta es el poeta
que Dios exprime
por medio de la pena
para sus fines.

Con penas y alegrías
—con penas, todos—
hace que luzcan, brillen
de cien mil modos.

No, no te quejes,
que al hacerte poeta
tuviste suerte.

Que tras mañana,

acaso no seas polvo en el polvo,
ceniza y nada.

Y, en tu canto,
hecho luz quedas,
tarde, flor, llanto...

Y aún en siglos
al niño arrullen, duerman,
con tu cariño.

No, no te quejes,
que es de quedarte un modo,
cuando ya ceses.

CANCION DE LOS SUEÑOS

Al Dr. Don Manuel Parada Farinós.

Sonando sueños: soñados,
en un volar impreciso
dejo que suban, se pierdan
sin raíz,
sin peso:
hechizo.

Lo bello es para soñado y nada más,
como el humo,
como el humo del cigarro,
bello,
azul,
pero
humo,
humo...

Bien sé de mis pies en tierra,
sin alas, barco varado,
de mi imposible espiral.
(Por más que quiera contarlo
cenizas me contarán).

Igual que tú,
humo,
igual.

Dejo que suban, se pierdan,
como el aire del suspiro,
como el humo del cigarro,
como el nardo hecho perfume,
hecho perfume,
en el tarro.

Lo bello es para soñado y nada más,
como el humo,
como el humo del cigarro,
bello,
azul,
pero
humo,
humo...

CANCION DE LOS DIAS LARGOS

A E. Gutiérrez Arbelo.

Días largos, añorantes largos días
hondos, de melancolía.
Cortos los felices allá en lo oscuro del tiempo.
Al pensamiento vuelve la hora,
el timbre sonando;
en la puerta la alegría,
el por qué de la inquietud del corazón,
pleno contento.
¡El!
¡El mundo en el pensamiento!...

Como rueda y se para una moneda,
así el mundo se paró en mí.
(Parado, aunque no sea así).
De mitades vamos hechos;
al perderse una mitad alguien dirá
qué más dá
Pero ya va uno deshecho:
deshecho de su mitad como no hecho en verdad.

La luna en cuarto menguante es
y no es luna plena:
La luz es la que la llena.

Cangilones sí vacíos...
qué poco es el cangilón.
Agua han de llevar los ríos para que suenen,
sean ríos;
guijos, si secos,
caminos al paso,
caminos son.

Al corazón justifícalo amoroso contenido;
sí vacío,
víscera que nos mantiene,
latir desasosegado,
aliento desalentado,
soplo vital que va y viene,
que va y viene,
que va y viene,
que va y viene...

ÈLEGÍAS

SOLO DE TIERRA

A vosotros...

Porque nada es estable y sí huidizo,
aun en sus instantes y presencias
lo porvenir tal si pasado pienso.

No es este el modo, lo sé, de ilusionarse.
Pero ¿qué hacer porque no fuera tanto?
Mirando hacia la vida y hacia dentro
a este triste horizonte me adelanto.

Porque no podéis ser mi compañía
este triste horizonte fué creciendo por vosotros,
amigos, y ensanchando.

Porque no podéis ser mi compañía.
Por no poder hablaros ya, ni veros.
Por separarnos la tierra en que yacéis
y ser ¡sólo de tierra, compañeros!...

A MI MADRE EN SU DECIMO ANIVERSARIO

I

Aun en esa ausencia sin fin ya de los huesos
tu presencia qué clara se levanta
desde mi corazón cuando regreso —no sé por qué—
de algo, de con alguien hablar, y a verte
vuelvo en aquella galería de nuestra casa.

Amargo espejismo es y con exceso
ya que sólo memoria es tu regazo,
y triste de nuevo vuelvo a verte lejos...

Al choque me deshago en pena y llanto
por no poder besarte a cualquier hora
—a cualquier hora, como tú lo hacías—.

Porque al llamarte ya nadie responde.
Por tenerme que hacer a esta agonía
de que ya no me hables ni me nombres.

Ay, cuántas veces ya. Ay, cuántas, cuántas
teniéndome que hacer a esta porfía.

Cómo destroza el ánimo esta orilla,
este batir de viento huracanado.
Cómo siento el corazón helado
por esta soledad que me acribilla.

Ya para siempre así. Así: lo mismo
y en la misma revuelta del camino
que el caso es que ya por nada espero.
Porque ya todo fué —que es lo más triste—.

Cuando ya espejo somos de ese abismo
en que nos vemos sin amor ni apego
nada más doloroso que uno mismo.

Ay, del nacido para soledades.
Qué áridos caminos transitando,
viviendo —si es que vive—. Héroe
de perdida batalla. El lo sabe.

No lo toquéis que sangra a cualquier
hora. No lo toquéis. Lo sé. Mana, mana,
mana en cualquier instante. Es ancha herida.
Nada hallaréis de él. Tan sólo sangre...

TU YA UNO MAS

(A mi hermano Gregorio Pérez Conesa,
que tanto quería, muerto inesperadamente).

Porque has muerto en el preciso instante
de cerrar este libro a la labor más mía;
el que ya apartándose de mí ha de ir lejos
—como el hijo que emigra—,
he podido decir en él mi pena al súbito apagarse
de tu vida;
mi lacerante angustia al dejar de batir
tu corazón la sangre
en un respiro hondo, inesperado.
Bien sé que no podría hacerlo ahora, que decir
no sabría
cuánta fué tu virtud; en cuánta religiosa fé
ardías
y como tu conducirte transparentaba a Dios:
esa divina luz por la que el hombre
llegar puede a ser santo.
Oh soledad de muertos en tantos años
y única compañía mía, ¿Con qué palabras
decir esta otra?
Tú ya uno más... Yo, cada vez más pretexto
de presencias sin cuerpos
—ahora también la tuya—. Tú también ahora

en esa infranqueable distancia
que sólo a la muerte le es dable, entre los que
quedamos y ella arrebatada.
Cada vez más pretexto de esas voces —también
la tuya ahora—,
las que me son audibles, cerrando fuertemente
los ojos
—por más claras—, al surgir de sus ecos: los que
para siempre quedaron en mi alma.
Al mirar tu letra estampada en este retrato
tuyo
que sobre la mesa descansa,
me ha traído tu mano —inconfundible
al saludo—,
en la que tu generoso corazón prolongaba su latido
humanísimo.
Ahora tú, uno más... Yo, desde hace años, esta cosa
que soy, vestida de luto,
de luto siempre...

COMO AHORA, ERA MAYO...

¿Qué pudiste hacerle para que en veinte días
te hiciera abandonar tus juguetes, tus zapatitos fuertes
que siempre reclamabas para al jardín salir
muy de mañana, y tu fiel perro, el más paciente
de todos tus amigos?
(Acaso por tan fina belleza de ti se enamorara...
¡Oh tus adorables cuatro años!).

Por eternamente ciega —jamás verá—
no valoró, no supo valorar
el inmenso mar que en tu derredor crecía
cada año
con más hinchadas olas de esperanzas
sobre tu futuro —todo tu futuro aún—, con muchos ama-
[neces
todavía sólo soñados y por abrir,
tal una descomunal flor,
en el corazón de la madre más madre del mundo.
(Sólo madre tenías ya y hermanos).

¿Dónde aquel tu inquirir en que ya se advertía
la promesa de un claro cerebro,
de un natural delicadísimo?



¡Qué brusco y doloroso aquel partir!
¡Qué inconsolable desaparición la tuya!
(En medio de ellas tus amigas, las rosas,
seguro que de verte tan quieto se dolían).

Niños mayores pero niños aún
se empeñaron —tanto te querían—
en que no fueras llevado por carroza alguna,
y nunca más apenada la ternura de sus cortos años
que esa tarde,
en que iban despacio, acompasando sus pasos
a un mismo ritmo,
para que en tu sueño —indespertable ya,
pero para ellos no tan trágicamente cierto—,
un brusco e inesperado tropiezo
no te hiciera abrir los dulces ojos,
y advirtieras tan total oscuridad;
ya que por su inocencia
no cuanto dejabas por estrenar: la vida toda.

Tu perro, como un niño más,
ajustando su paso a los de ellos,
silencioso, tristes las oscuras pupilas,
no miraba ni atendía a otra cosa
que a tu pequeña cajita cuajada de rosas
deslumbradoramente blancas, alguna que otra

rosa-cobre, amarillo-oro.
Como ahora, era Mayo, y el recuerdo de tu almita bella,
de tu querida e inolvidable figurita,
sus rosas hace más intenso...

TRISTE HASTA QUE ME MUERA

A tí, a través del tiempo...

Honda pena incurable que agoniza y no muere
en esta tarde gris tiene cumplido acento.

Al mar,
hinchado de oleaje,
azota un fuerte viento,
y a su invisible mano
van cayendo las rosas que aquí en mi isla
duran más allá del verano.

Todo suena:
rumores se hacen los silencios
de apenas una hora.
La lluvia va vertiéndose recia
sobre el paisaje.

Extendida,
calándome así el ser, esta pena
desde que tu partiste,
desde la tarde aquella...
hacia la otra ribera.

Es por lo que estoy triste
sin poder más de tanto.
Es por lo que estoy triste,
y esta sal de mi llanto.
Es por lo que estoy triste,
triste, hasta que me muera...

EL MERCADO...

I

Como todos,
apostaste a la eterna jugada
que la vida supone: azar y acontecer.
Yo sé que para muchos
«Ella» es pródiga y buena,
que en cuanto apostaron
hubo ganancia plena.
A ti sé como nadie
que te tocó perder.
Y si unas bellas rosas
te prodigó el destino,
si hasta ti llegó un halago
tan fino,
fué
cuando ya su hermosura
te era imposible ver.

II

¿De esta vida

el sufrir recuerdas?
(Mi fé ha desbordado tu partida).
En un goce sin fin
y ya sin fechas
tengo esperanzas.
Yo he de verte un día,
trascendido del acuciante anhelo
terrenal.
Ahí —bien lo presiento— ya,
todo alma,
cesa la angustia y el dolor termina...

HASTA ALLI NO FUE NADIE...

A Juan Sosa Suárez.

I

--¿No sabes?— dijeron—
el tonto ha muerto
sólo
en unos días;
como era tonto nada decía,
nada sabía el médico...

II

Hasta allí no fué nadie.
Pero aquel día —ya
sin su voz,
sin el paso tardo de sus rotos caminos
de sonámbulo eterno—
le dió importancia el pueblo.
De él

se ocupó la tertulia del casino,
los de la plaza,
el barrio nuevo;
de pronto el pueblo
descubrió en su perfil de tonto
algo serio,
con carácter;
un no sabía qué
de elemento representativo:
como si en parte fuera el Ayuntamiento.
Y pensaron
con ligero sentimiento
en el hueco que dejaba su ausencia...
jamás sospechado
fuera así de notable...

III

Uno, de mezquina cabeza,
forastero,
no sé sabe de dónde recién llegado,
como si de una rara planta
se tratara, dijo: — «Ahora
a esperar que nazca otro
¡quién sabe el tiempo!...»

IV

Siempre que el pobre tonto
pasaba por mi calle
—hoy triste—,
¡con cuánta piedad miraba
su enorme invalidez!
y una densa sombra (como la que
proyectan los árboles
de la vuelta del Molino)
oscurecía mi corazón
acongojado por su pena.
Por su pena..., que él no comprendía;
que él... no podía comprender.

LA VOZ CON QUE NOS HABLA
EL CORAZON QUISIERA

A Carmen Conde

I

Corren los días
y es doloroso su estar.
Náufrago de dolor
el derrumbado ser.
Por rehacerse,
un titánico esfuerzo
intentando salir de tan postrante actitud.
Lámpara que
haciendo por dar su llama
va hundiéndose cada vez más
en su agonía
por no acabarse.
(Tanto se llevó la trágica tempestad,
tanto le arrebató,
que hubo de hundirse
junto con los desaparecidos
su propio corazón).

II

A la deriva
un fino objeto
en la inconmensurable soledad
del mar
donde flota sin destino.
Nadie hace por rescatarlo
ya que parece una pequeña armazón
inútil;
una roja mancha, a veces;
algo que desaparece
y reiteradamente vuelve,
tal una visión alucinante;
algo
que no parece de este mundo...

EL ULTIMO COLOR

A Manuel González Sosa

I

En mi paseo
caíste a mis pies
pequeña,
muerta.
Al recogerte te acaricié.
¡Qué lejos!
Estando viva no pensaste,
no pudiste pensar
que yo,
al paso preciso por tu árbol,
había de recogerte,
de besarte;
habría de guardarte tiernamente
para darte una vida de recuerdo
en que más larga tu existencia fuera.

Pobre pequeña hoja errante

ya sin nadie tan niña;
ya reseca, desnuda
de tus graciosos verdes;
exhausta por el sol —tan riguroso—,
a tu asomada vida
apenas hoja,
casi germen, casi
tierra y agua aún
a donde ibas a perderte aquella tarde
irremisiblemente.

¿Qué pensaste al sentirme,
qué al tocarte mi mano protectora?
¿Habrá una segunda
conciencia entre tus oros
a tu destino último
de pájaro caído de su rama?
¿Acaso me llamaste
con la voz sin palabras del misterio?
Algo pasó por ti,
por mí,
—que no es decible—
salvando tu cadáver
del viento que azotaba.

II

Aquella tarde
tu dorada mortaja me dió pena infinita:
tanta era
que revistieron mis ojos pensativos
del último color...
cuanto miraron.

Símbolo de los niños muertos,
por ti nacida,
una inmensa amargura
vino a mi corazón estremecido:
Por sus frentes de nardo marchitado.
Por sus frentes doblemente blancas.
Por sus frentes para siempre frías.
Y las lágrimas —río de las madres—,
y sus brazos vacíos...

¡Por el trágico viento huracanado
que sopla para ellos
tan despiadadamente
la sin labios!

INTIMIDAD

*Cuando alguien es una pura berida,
curarlo es matarlo.*

HEBBEL.

POR QUE, SEÑOR

I

¡Muertos, Señor, muertos, muertos!
Si ellos,
mis amores,
si ellos,
cuanto tenía,
¿para dónde mirar que no los vea?
¿Por qué, Señor, por qué
tanto despojo?
Dame el sentido,
al menos que yo sepa
por qué ese viento fatal sobre los míos.
Ellos te amaron, Señor,
¡profundamente!
Y a juzgar por sus años
¡cuánto fraterno amor,
cuánta jornada por hacer todavía!
¿Por qué ese duro sueño indespertable?
Algunos,
como un río naciente
y la mañana

y todo lo que empieza
eran alegres.
Toda cordialidad de ellos partía...

II

No me dejes cuajar en desaliento,
no lo permitas, Señor,
ya que tu ley
contra toda borrasca
dice «Espera».
Líbrame de flotar en la laguna
en que yacen aquellos:
los que huyeron por la puerta de la desesperanza.
Sin que Tú los llamaras,
por no querer más tiempo
tu gloria así perdieron...
Mas no quiero creer
que eternamente,
y un día han de llegar
a tu ribera.
Tenga a bien tu mano defenderme
si el ave de la sombra
ha de rondarme...
Tú bien lo sabes, Señor,
su aliento

avienta cuerpos cual si fueran paja.
Sus negras alas, Señor,
toda luz ciega...

DE DONDE

A María Teresa Prats de Laplace

Yo soy de los tristes.
Yo vengo de ellos.
Rama de un gran árbol
profuso y fatal.
Somos una Raza.
No hay fuerza posible
que pueda empujar
trayendo hacia afuera
tan hondas raíces.
Los que nacen tristes
tristes morirán.

Yo soy como ellos: tristeza expectante.
Cual agua-océano
fluyendo constante.
¿De dónde, de dónde, milenaria agua?
¿De dónde, de dónde?
Mas nunca responde...
De dónde,
de dónde,
de dónde vendrá...

SI NADA PUEDO HACERLES

*A María Luisa Cabrera Córdoba
de Enriquez*

Oh, conmovido, oh intenso amor
que en mí creces y creces.

Nada escapa a tu impulso arrollador.
Mas de angustia en mi interior floreces.

Dame alivio, Señor, que otra cosa no sé
ni a otra yo me inclino.

Que más dulce me sea posible hacer
el precepto divino.

Yo bien sé que sin amor nadie es nada
ni la vida merece.

Mas esta llaga de piedad: mi llaga
alivia si es posible. Mas no cierras.

Que yo ame de otro modo, Señor.
Que ame tranquilamente.

Sepa yo de sosiego, de otra actitud sepa,
de horas indiferentes.

Tú bien sabes que este sentir en mí
en un desequilibrio rompe a veces.

Y que una vez roto, Señor, atormentándome
eterno me parece.

Dame paz. Tan caudaloso río
tu poderosa mano me represe.

Tú, que de amor sabes más que nadie
y sabes como hiere.

Dame otro modo de ver. Que vea yo de otro modo
a los humanos seres.

El árbol. La bestia —eternos prisioneros—
porque siempre me duelen.

Otro modo de ver a los que sufren
si nada puedo hacerles...

INTIMO DOLOR

A *María Sanginés Fumero*

Se muere uno tantas veces
por más que siga así viviendo.
Bajo lágrimas derrumbada,
¡oh cuántas veces hemos muerto!
Cuántas también en la amargura
que da esa pena de sabernos
ligera rama quebradiza
en unos pobres tristes huesos.
Por fraternales, nos morimos
con todo aquel que va muriendo.

Pero seguimos, caminamos
por no ser sombra ni tropiezo
a los que quedan y van con uno.
Por los que quedan, cuánto afecto.
Y una piedad que acrecentaron
negada gracia y duros tiempos.

Vendrá por fin esa postura.
Esa postura de otros —yerta.

Esa que dice a los demás:
— «Fijaos, no hay duda que se ha muerto»
(Y ha muerto uno tantas veces,
por más que siga así, viviendo.
¡Ha muerto uno tantas veces!...)

PERO ERES SIEMPRE IGUAL

¿Por qué, mármol, a tu frío contacto
resurgen las frentes de los muertos míos?
No te puedo mirar, ay, mármol frío
que me traes dolor (¡cuánto quebranto!).

Tú, palacio. Tú, estatua proclamando
ya merecidas glorías o virtudes.
Mas todo tú en mí sólo respondes
al intenso dolor que me consume.

Si entibiar tu materia consiguieras.
Si un día al contacto con mi mano
la fatal impresión se redujera...

Pero eres siempre igual: De ti me alejo
como quien ve de nuevo lo que dejo
—¡a mi pesar!— tras la losa inerte.

Bien es verdad que te eligió la muerte
para nombrar a los que no responden...,
siendo tú, mármol, su único exponente...

A U N

Aún andan mis muertos,
van de aquí para allí,
aún hablan,
aún ríen,
aún lloran,
tienen sueños y esperanzas,
gozan
y proyectan mañanas.
Puede decirse que la muerte
no les ha destruído el andamiaje del cuerpo,
no les ha paralizado el noble corazón
mientras yo sea respetada por ella.

Cuando ya me lleve,
ese día moriremos todos:
ellos y yo.
Mi memoria no los albergará más,
mi quieto corazón no los hará andar,
ir de aquí para allí,
reír y llorar,
tener sueños y esperanzas,
gozar
y proyectar mañanas.

Cuando ella me lleve,
ese día moriremos todos
y seré yo la única que lleven a enterrar...
Así
cuántas cosas,
cuántas como si fuera la más rigurosa realidad.
Ningún indicio,
nada ha de dar idea de todos los muertos
que irán conmigo;
yo la única a pesar de todos los que conmigo
irán como yo...,
conmigo,
muertos para siempre ya...

CUAL SI ME DESPIDIERA LO HA AGITADO

A Pantaleón Quevedo Franchy

Ya, murmullos de la calle, no sois míos.
Todo el árbol que fui se ha desgajado.
Fluye en mi derredor intenso frío...
Atravesó la angustia mi costado.

Apenas si mayo, irrumpió diciembre.
(¡Qué pronto se secaron las rosas en mi huerto!).
¡Qué sola el alma en esta noche oscura!
¡Qué desierto tan vasto este desierto!

Nada a cambiar acusa viento alguno.
La dicha sus peldaños me ha negado.
En su dintel prendiendo un paño oscuro
tal si me despidiera lo ha agitado.

¡Cuánta angustia, mi Dios, manando angustia!
¿Soy algo más que un pensamiento herido,
que esa perenne brecha en el costado?
Qué desolado erial lo que fué huerto

de amor y de armonía.
¡Ay, cuando quedo a solas, qué agonía
estallando en profundo sentimiento,
ahogando todo lo que fué alegría!...

INDICE

Prólogo
Dedicatoria
«He vuelto»

RESCATADOS INSTANTES

	Pág.
Mientras ella dura	21
Mas si una brisa de esperanza corre	23
Sólo tu luz en la noche ardía	25
Cotidianamente	27
En medio del camino	29
Claridad imposible	31
El pobre de la plazuela	33
Uniformada seriedad	35
Otra posible en ti	39
A los pies, eternos servidores	41
Y siempre será así	45
A un bolso de piel	47
Cambiarte ese vivir sin alegría	49
Sólo así desde siempre	51
Como muñecos	53
Cuánta noche	55
Trasfondo	57
Desde las mismas cosas	59
La carta semanal	61
Después de todo en tu vivir pensando	63
¿Qué tiene América?	67
¿Quién reconocer puede?.	71

Almas en pena de la luz del día	73
A Jesús Arencibia	75
A Jane Millares	77
A mis grandes amigos los poetas.	79

CANCIONES BREVES Y OTRAS CANCIONES

Canciones breves	85
Canción de lo no dicho	89
Cancioncillas a dos miradas	91
Cancioncilla de soledad	95
Canción de vigilia y sueño	97
Cancioncilla a un poeta	99
Canción de los sueños	101
Canción de los días largos	103

ELEGIAS

Sólo de tierra	107
A mi madre en su décimo aniversario	109
Tú ya uno más	111
Como ahora, era mayo	113
Triste hasta que me muera	117
El mercado	119
Hasta allí no fue nadie	121
La voz con que nos habla el corazón quisiera	125
El último color	127

INTIMIDAD

Por qué, Señor	135
De dónde	139
Si nada puedo hacerles	141
Intimo dolor	143
Pero eres siempre igual	145
Aún	147
Cual si me despidiera lo ha agitado	149



ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR EL 30 DE MAYO DE MIL NOVECIENTOS SESENTA Y UNO, DIA DE SAN FERNANDO, EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA REXACHS, CALLE MAYOR DE TRIANA NUMERO 81, EN LAS PALMAS DE GRAN CANARIA, AL CUIDADO DE MANUEL GONZALEZ SOSA.



PRECIO DEL VOLUMEN
SETENTA PESETAS

